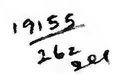
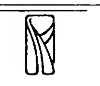
ANTONIO AMADO VILLAR



Del amor y del alma

«Nel dolce tempo de la prima etade...»
PETRARCA.



1918
BUENOS AIRES

A MIS PADRES

MI COFRE DE SÁNDALO

A D. Ricardo Monner Sans,

PRELUDIO

En el Véspero dorado,
de quimeras embriagado
siento el alma de las cosas...

Y así brota mi lirismo
desde el fondo de mi mismo,
como una eclosión de rosas...

AMOR DE NIÑO

En la escuela severa de mi aldea,
escuela de palmeta y de rosario,
fuí Calixto precoz de Melibea
y aprendí del amor el Silabario.

Defendí bravamente a Dulcinea
como el loco sublime y temerario,
y en más de una ridícula pelea
tuve arrestos heroicos de Templario.

Mi novia era una linda miniatura,
con el sano frescor de una manzana
redonda, pequeñita y bien madura...

¡Cuando a misa tocaba la campana,
yo rezaba pensando en la hermosura
peregrina de mi Virgen aldeana!

SERENAMENTE....

En las solemnes cruces del sendero
y en las claras fontanas del camino,
mi espíritu se llena de un divino
y humilde misticismo de romero.

Es mi amor por las cosas tan sincero,
que en el hondo misterio vespertino
yo me siento: color, perfume, trino
y algún lírico y pálido lucero.

Me vengo de la ofensa recibida,
como se venga el sándalo de Oriente
con el sutil aroma de su herida...

Y así voy, sin dolor, serenamente,
por el páramo agreste de la Vida
con mi pobre sayal de penitente.

TU BOCA DE PECADO...

Encendió una llamarada,
dentro de mi corazón,
tu satánica mirada
preñada de tentación.

Y bajo la sugestión
de tu sonrisa embrujada,
con un beso de pasión
sellé tu boca encarnada.

En tu mejilla el rubor
prendió su tímida rosa...
y así transida de amor

fué mi boca mariposa
muriendo sobre la flor
de tu boca capitosa.

RUEGO

Me consumen, Señor, ansias extrañas;
y la llama voraz de mi Deseo,
como el buitre fatal de Prometeo,
devora eternamente mis entrañas.

Desgarraron mis albas vestiduras,
en las sendas traidoras, los zarzales;
y lloran las Virtudes Teologales,
pues saben el dolor de mis torturas.

Los milanos rapaces y zahareños
espantan las palomas de mis sueños;
tú lo puedes, Señor, que puedes tanto:

¡no permitas, aún, que sus puñales
me asesten los Pecados Capitales
y le corten las alas a mi canto!

CONFESION

Tras tus cendales de vestal morena
adiviné el encanto inmaculado
de tu cuerpo de nardos perfumado,
que encierra un alma de virtudes llena.

En tus altares consolé mi pena
y te adoré con un fervor sagrado...
En todas mis estrofas te he cantado
y en un soneto te llamé azucena.

Pero mi rauda barca de viajero.
inconstante, marcó su derrotero
hacia la luz mentida de otro faro.

Buscando el Ideal—vano espejismo—
conocí las negruras del abismo,
y en tus brazos de nuevo busco amparo!

AQUEL AMOR...

Sentí en el alma arrullos de paloma inquieta:
yo era un muchachito sensible y soñador,
tu eras una linda chiquilla pizpireta
con los vestiditos, muy monos, de color...

En la primera carta, sintiéndome poeta,
ingenuamente dije: Luz, Estrella, Flor...
y en tu mohín gracioso de precoz coqueta
presentí el lejano misterio del amor...

Nunca diréis, ¡oh Musas!, del amor primero
la claridad astral de místico lucero,
la inquietud divina, la frase temblorosa...

Se abren, inefables, las alas del Ensueño,
y en esos paraísos de mágico beleño
nos da la Primavera su primera rosa!

EL SONETO INTIMO

Para la misa del vivir profano
mi espíritu es la cándida patena,
y el cáliz del dolor es el humano
demonio de mi carne y de mi pena.

En mi culto por todo lo cristiano
simbolizo la dulce Magdalena,
arrepentida del festín pagano,
transformada, por Dios, en azucena.

Un albo lirio de piadoso amor
brotó en mi agreste páramo interior
con un vago perfume de incensario...

¡Quisiera ser un pálido eremita,
y en una solitaria y blanca ermita
de palomas llenar el campanario!

EPITAFIO

(A una coqueta).

Quiero decir esta oración pagana
por todas las mujeres que en la senda
de su existencia insustancial y vana,
encuentran el Amor, rompen su venda,

y su inconstancia, luego, lo profana.
Mas, pronto cesará de amor la ofrenda;
y al esbozarse la primera cana
pondrán en su pasado la leyenda:

"Esta, Fabio, fué pseudo-Magdalena,
y el amor no la absuelve de pecado
ni le conceden indulgencia plena;

porque fué, ¡oh dolor!, tan indiscreta,
que en vez de haber amado demasiado,
demasiados amó la muy coqueta".

IMPRESIONES

A mí amigo Delfo Berra.

NOCHE DE LLUVIA

La noche es una novia
de crespones vestida...
Mi alma es una estrella
de dolor anublada...
¡Que bien rima la lluvia
con mis íntimas lágrimas!

“SKATING - RING”

Esa esbelta figulina
con cuerpo de bailarín,
se me antoja la divina
reina egregia del patín!

Su silueta peregrina
se desliza sobre el “ring”;
parece una golondrina
trazando curvas sin fin...

Y tras el sutil aroma
que deja cual áurea poma,
se lanzan muchos galanes;

estrambóticos Don Juanes
que semejan gavilanes
persiguiendo una paloma!

RETRATO

Toda vestida de luto
tiene el encanto absoluto,
la beatitud religiosa
de la "Mater Dolorosa"
de un camafeo impoluto.

Mas su divino perfil
tiene la gracia sutil
de los mármoles paganos,
y son sus cándidas manos
dos azucenas de abril!

El consorcio peregrino
de lo humano y lo divino
que Afrodita sintetiza;
en sus ojos lo adivino
y lo leo en su sonrisa.

Y en los lirios de su cara,
por una ocurrencia rara,
—como dos flores del mal—
las ojeras que cantara
Carrere en un madrigal.

Es la luz de sus sonrojos
cual rosa que se desfloca...
¡Las violetas de sus ojos,
qué bien riman con los rojos
tulipanes de su boca!

CANCION TRIVIAL

A tu encanto alucinante,
tan exótico y perverso,
va la ofrenda de mi verso
como un gran interrogante.

Princesa del bulevar,
Penélope o Mesalina:
¿es infernal o divina
la cadencia de tu andar?

Tu enigmática sonrisa:
¿es verso de Baudelaire,
o ironía de Voltaire
en labios de Monna Lisa?

Tu mirada misteriosa:
¿es lascivia de faunesa,
misticismo de Teresa,
o nostálgia dolorosa?

Y tus labios de hidromel:
¿saben de ascéticos rezos,
o de amorosos excesos
de eterna luna de miel?

¿Es "cocotte" de París,
es Lucrecia o es vestal,
es asfódelo del mal,
o es acaso flor de lis?

A tu misterio inquietante,
tan exótico y perverso,
va la ofrenda de mi verso
como un gran interrogante!

A UNA CORTESANA

Acusación que delata
las noches apasionadas,
son las ojeras moradas
bajo tus ojos de gata.

En tu porte de Manón
y en tu risa de faunesa,
yo presiento una marquesa
de las fiestas del Trianón.

El humo del fino "bis"
te da el encanto emotivo
de algún motivo oriental...

Y tu modo de París
rima bien con el lascivo
loco ambiente del "Pigall".

BAILARINA DE FLAMENCO

(A Encarnación Hurtado, "La Malagueñita").

Al conjuro de un airoso paso - doble de la orquesta
se descorren las cortinas, y la gentil bailarina
con mantón y con mantilla, como en la clásica fiesta,
su gallardía pasea de española y de divina.

Taconeando garrotines tanto fuego al baile presta,
que al moverse cadenciosa la cadera venusina,
el tablado se estremece y a la escena sólo resta:
una trágica pendencia y una daga florentina.

En sus venas de gitana—por extraña anomalía—
corre sangre ardiente y roja de una estirpe blasonada,
porque reina es de Triana, de la Luz y la Alegría!

Si rimando vuestro elogio fué mi Musa desgarbada,
es la culpa quizá vuestra, pues la eurítmica armonía
hace mucho que vos misma la lleváis encadenada!

ESTE RINCON DEL AULA...

Este rincón del aula es un grato rincón
donde se pone en solfa todo lo creado...
Es un lírico y dulce Palacio de Ilusión
donde se sueña mucho y acaso demasiado.
Un vate mide versos como cualquier "hortera",
contando con los dedos las sílabas esquivas;
mientras el grupo glosa la perenne quimera
de las primeras novias — ingenuas sensitivas, —
la carta, el verso, el beso, la clandestina cita...
Estalla el comentario jovialmente cruel,
se expanden risas francas, algún guarango grita,
y por el aire cruzan flechitas de papel.

EGLOGA

Nace el Sol; se disipan los huraños
celajes y se apagan los luceros...
Asciende por la paz de los senderos
la blancura augural de los rebaños...

Triscan, pacen y balan sus extraños
coloquios; se arremeten dos carneros,
furiosamente, como dos guerreros;
y el pastor, que es zagal de pocos años,

dirime la contienda con un palo
corriendo por las breñas al más malo...
Piensa luego — criterio de muchacho—

en la caza furtiva de nidales,
hurgando los agrestes matorrales
para darse de huevos un empacho...

SONETOS DE LA GUERRA

A D. Carlos Gutierrez Larreta.

A ITALIA

Es tu nombre sonoro para el numen latino
la síntesis rotunda de lo que el Arte abarca:
luces, ritmos, estatuas de mármol blanco y fino
y estrofas de Alighieri, sonetos de Petrarca!

En la hora del nuevo resurgir garibaldino
tus épicas legiones se burlan de la Parca
y de su hoz... Y en las pétreas montañas del Trentino
la loba, ante el águila rapaz, fiera se enarca!

Mas hasta de las tumbas y piedras milenarias
se levantan airadas protestas y clamores,
contra la turbamulta de tropas incendiarias...

Y ante el heroico empuje de tus huestes marciales,
retroceden y tiemblan los hunos invasores,
¡y vibran clarinadas en los bronces triunfales!

A FRANCIA

Francia: los siglos vertieron en tu áurea redoma
néctares acres do Cronos libó la sapiencia.
Las Musas rimaron, a coro, tu ínclito idioma;
te dieron Orfeo la lira, Minerva la ciencia!

Mas cuando la bárbara horda de Atila se asoma,
y hogares y templos saquea con ruda violencia;
te vistes de hierro, revives las glorias de Roma,
Cancerbero del tesoro inmortal de tu herencia!

El gran Hugo desde el trono de luz do se asienta,
con su voz poderosa tus legiones alienta,
contra la tribu enorme que arrasa el Partenón...

Y al inmenso conjuro de aquel vate divino,
cantamos los hombres libres del orbe latino:
¡Francia!... ¡Por la madre Francia, nuestro corazón!

CON RITMOS DEL CORAZON

A mi amigo César Román Guard o

ELOGIO AL AMOR PLENO

Amada: ven a mis brazos de pasión colmada,
la vida es una senda constelada
de lirios, de rosas florecida y aromada...
Y nos da su vino,
de dulzor divino,
la amorosa vendimia cosechada
en las soleadas parras del camino.

Bajaron las estrellas para verte pasar,
los pájaros rimaron un cantar,
y hasta las frondas dieron su virginal aroma
como muda canción...

El clavel bermellón
que llevas en tu pecho de paloma,
quizás sea... ¡mi propio corazón!

Quememos nuestra vida plenamente ilusoria
en aras del Amor... Propiciatoria
deidad que fatalmente gobierna los rebaños
de hombres y mujeres,
de cosas y de seres...
¿Qué saben los "normales", de la gloria,
si no saben quemar sus veinte años
en la hoguera amatoria?...
....
De nuestras cenizas, luego, brotarán dos rosas
como dos irisadas y aladas mariposas.

¡Gozemos del amor, amada mía,
porque los besos son dulce ambrosía,
la juventud tesoro de pasión,
y es una antorcha roja el corazón!

ELEGIA AL VIEJO AMOR

¡Apiádate, Señor,
de su existencia en flor!
La dulce novia que fué rosa
de mi jardín primaveral,
está pálida y ojerosa
en la cama de un hospital...
Su linda cabecita de oro,
escondida en el almohadón,
casi me dió la sensación
de contemplar un gran tesoro
en un estuche de algodón...

Sus ojos de beleño,
así semientornados,
añoran los callados
vergeles del ensueño...
Y vaga por su cara
la palidez [redacted] ambigua
de la Madona rara
de una pintura antigua...
Y hasta sus manos finas,
tan blancas y divinas,
parecen redivivas
palomitas votivas...

Tú que sabes de calvarios
y de espinas y martirios
y absolviste a los sicarios
en tus últimos delirios:
por todas las cosas bellas,
por todas las cosas buenas,
en nombre de las estrellas
y las puras azucenas:

¡apiádate, buen Señor,
de su bella vida en flor!

Si acaso me hizo sufrir
con su rara dualidad,
hoy retoña el "souvenir"
en un lirio de bondad...
Fué tan grande mi cariño
que si un ángel al pasar
viene al alma a golpear,
siento ganas de llorar
viejas lágrimas de niño...

Por aquel amor:
protege, Señor,
su existencia en flor...
A tus plantas llego,
Virgen de los cielos:
¡escucha mi ruego,
cumple mis anhelos!

BALADA INGENUA

En su camita de plata
nerviosamente se agita,
la pálida princesita
de los labios escarlata.

¡Qué triste y pálida está!
Es incurable su mal,
su carita angelical
ya marchitándose vá...

Un vagabundo juglar
la hechizó con su mirada.
¡Pobrecita, está embrujada
ya no se puede sanar!

—¿Dónde se ha ido el trovero
de la gentil apostura
— la princesita murmura —
que por su ausencia me muero?

—¿Dónde se ha ido el traidor,
que sus rimas y cantares
no disipan mis pesares
con dulces notas de amor?...

A las Cruzadas partió,
princesita, tu galán.

Un año há, por San Juan,
que batallando murió.

Te está en el cielo esperando
pues más que nunca te quiere...
(La princesita se muere
dulcemente agonizando...)

¿QUIERES SER MI HERMANITA?

A veces estoy triste sin motivo...
¡Ah, si tuviera una hermanita buena,
corazón sensitivo
que comprende y consuela
la más íntima pena!
Un alma fraternal
de mi alma un poquito femenina,
que supiera mi mal
de ser flor sin espina,
de ser barco sin vela,
romero sin estela...

¡Y de ser bueno, bueno,
perenne Nazareno
del sufrimiento ajeno!

Soñada hermanita...
Hermanita buena...
Hermanita bella...
Alba margarita...
Cándida azucena...
Blanca, blanca estrella...

Tú bien sabes, Señor, porque lo digo:
es mi modo jovial
y en cambio la tristeza va conmigo...
Tú bien sabes, Señor,
ese dolor fatal
del fracasado amor...
Enfermo voy de un incurable "spleen":
cultivé en mi jardín
una perversa flor
ardiente y pasional,

y me embriagó su aroma
de asfodelo del mal...

Hermana:
No me digas de amor ni una palabra...
¡Que sea silencioso tu cariño!
Acércate a mi extraña soledad,
y espera que mi espíritu se abra
a tu consolación...
Y verás que soy puro como un niño
de toda ingenuidad,
y que mi corazón
es una rosa de infinita bondad...

Presentida almita
cándida y serena:
¿quisieras ser aquella
soñada hermanita,
hermanita buena,
hermanita bella?

PARADOJA

— Soles de negror de abismo,
confiesa que es cosa rara...
Y yo le dije: en tu cara
brillan tus ojos lo mismo
que dos soles de luz clara...

OFERTORIO CORDIAL

A D. Ricardo Monner Sans, Fernández
Moreno, Juan C. Beaudean, Mario A.
Mercatali, César R. Guardo.

DON RICARDO MONNER SANS

(Semblanza)

Español sin doblez y buen cristiano
que lleva bien templado el fino acero,
sin tacha y sin reproche caballero
de otro tiempo romántico y lejano...

En el decir, armónico y galano,
es de una escuela paladín postrero,
y es en lides y en justas el primero
como cumple a un hidalgo castellano.

Con el idioma — bien regida lanza —
castiga malandrines y gigantes;
y después arremete sin tardanza,

invocando los manes de Cervantes
en este siglo un poco Sancho Panza,
contra la vil caterva de pedantes!

FERNANDEZ MORENO

(El poeta de la Ciudad)

Pone el poeta en las humildes cosas
el gesto de bondad del Nazareno.
Ama la noche, las vías silenciosas,
y es candoroso como un niño bueno.

Un espontáneo reventar de rosas
es su lirismo comprensivo y pleno;
no la turba de ninfas y de diosas
ni el cincelado vaso de Sileno...

Como el santo de Asís ha profesado
el culto de lo breve y natural;
y en diáfanas estrofas ha cantado,

a su nueva manera gran artista,
la poesía de la vida habitual
el claro soñador novecentista!

A UN MUSICO JOVEN

Hermano soñador... ¡mi buen hermano!
tú sabes revelar en un salterio
la armonía inefable del misterio,
por prodigio que Dios puso en tu mano.

De la Gloria persigues el coturno,
con Gretchen has surcado el dulce Rhin,
y vibra conmovido tu violín
con las notas dolientes del "Nocturno"...

Compañero de la misma Cruzada:
vamos en pos de la Bagdad soñada,
vagabundos de líricos caminos,

musitando a manera de oraciones
la música triunfal de tus canciones
como dos fervorosos peregrinos...

CANCION DEL OPTIMISTA

(A un amigo excéptico).

No me digas, amigo, no me digas
que te sientes cansado de la vida,
sin haber cosechado las espigas
de tus rubios trigales,
ni afrontado la mar embravecida
por recios vendavales!

Analiza el origen de tus penas
y verás que la culpa está en tí mismo...
Cultiva la pasión y el optimismo
derramando el amor a manos llenas;

y en las noches sombrías o de plata
ten siempre entre los labios un cantar...
¡Que la vida no es mala ni es ingrata
sabiéndola llevar!

Ya lo dijo el Señor de Nicaragua:
canta valiente y al cantar trabaja...
En el predio y la fragua
— que la ruda faena no rebaja —
con músculo viril y omnipotente;
y en los campos inmensos de la Ciencia
con la chispa de luz que hay en tu frente
y es la mejor herencia!

A tí, amigo mío, te enfermó Baudelaire
con sus flores del mal...
El vino y la venal mujer
te dejaron un resquemor fatal

para tu edad florida...
¡y maldices la Suerte
y hablas de la Muerte
sin conocer la Vida!

MATINAL

(A mi amigo César Román Guardo).

Con un paso cansado que acaso desentona
con los grupos que pasan alegres y vibrantes;
en nuestras somnolientas mañanas de rabona
nos vamos por las calles como dos atorrantes...

Tenemos para todas las damiselas lindas
un guiño picaresco y un dístico jovial;
sonríen al oirnos, se ponen como guindas,
y a veces nos bautizan con nombres de animal.

Detrás de las vidrieras de algún desierto bar
miramos como pasan los coches y tranvías,
y luego nos largamos de nuevo a caminar,
mirando escaparates de caras chucherías.

Huyendo del mundano ruido—como dos creyentes—
en la vetusta iglesia de San Miguel entramos...
¡Oh Señor, perdónanos, si un poco irreverentes,
a las mujeres hermosas, sin querer, miramos!

Si no hace mucho frío nos vamos hasta el Puerto,
porque estamos cansados de un Cine - matinal
en donde hay cintas tontas y un joven boquiabierto
asesinando el piano con mano criminal!

PROSAS

A mis tíos.

CUENTO MONTAÑÉS

A la memoria de mi abuelito.

CUENTO MONTAÑES

(De las tierras cantábricas)

APOSTILLA:
(Pláceme, en las noches de insomnio, abrir el cofre de sándalo de las cosas íntimas y queridas, evocando historias de amargura que oí de los labios venerables del abuelo...).

I

Por el angosto y enriscado sendero de la montaña, desciende lentamente una lastimosa mendiga. Trasunta tanto dolor su maltrecha humanidad, que dijérase un fantasma de pesadilla, creación morbosa de un espíritu atormentado... No la arredran ni las zarzas ni las asperezas del camino. Muchas lluvias castigaron su pobre cuerpo, en lo más desamparado de la sierra; muchas espinas la martirizaron, en las interminables jornadas.

De vez en cuando se inclina para recoger ramas secas y flores silvestres; mas, luego, continúa su claudicante marcha hacia la aldea que diseña en la lejanía su inmaculada blancura, semioculta por un pinar y un robledal.

Es el mes de septiembre; al sol amarillean los maizales áureos, como una gracia del Señor, y no ha de faltar—Dios mediante—una caridad para la pobre mendiga.

II

Rodéanla los muchachos en infernal desconcierto. La zahieren con sus burlas los mayores, y la contemplan, a la distancia, con tímida superstición los más pequeños, mientras desentona una vieja y evocadora copla de la tierra, triste, muy triste...

Siempre el mismo cantar monorrítmico, y siempre el mismo baile, monótono y acompasado, levantando apenas los descalzos pies que las escarchas inclementes de enero, el rescoldo de las canículas y las ingratitudes y escabrosidades de la sierra, convirtieron en dos cosas deformes, anquilosas y ensangrentadas...

Le dan un recio mendrugo; murmura una bendición, y arrastrando su cuerpo lamentable, se sienta en el poyo, a la sombra de una viña, a masticarlo lentamente con sus despobladas encías. De pronto cesa de comer, y con un gesto ceremonioso, como cumpliendo ritos de una extraña liturgia, sus dedos flacos y sarmentosos desmigajan el

pan, para que también las aves que la rodean participen de su mísero banquete. Los gorriones, audaces, desafiando los iracundos picotazos de las gallinas, descienden de la parra piando alborozados...

III

Sería difícil desentrañar el arcano de sus ojos inexpresivos y extáticos. Más difícil aún, calcular su edad. ¿La sabe ella, acaso?

Muchos inviernos y muchos sinsabores, priváronla de razón y la transformaron en un pingajo.

Cuentan los viejos (desflorando añoranzas a la vera propicia del confortante fuego familiar), que fué en sus buenos tiempos moza de gran miramiento, y no la había en la redonda de más donaire y gentileza.

Diz que su tez sucia y arrugada fué del mismo color de la leche; sus cabellos menguados y descoloridos, una maravilla abundosa y renegrida; y sus andrajos de hoy, fueron antes envidia de las mozas y encanto de los galanes que se desesperaban por la merecer.

Mas ella, sabiéndose obsequiada, hubo de ser desdeñosa, y triunfó en bailes y romerías por el supremo prestigio de su espléndida hermosura.

Y fué la eterna historia... En la calma eglógica de los predios, una tarde bochornosa del mes de mayo, depuso su orgullo de belleza esquiva y montaraz, vencida por

los mimos y los halagos de un precoz seminarista en vacaciones.

Era el campo una maravillosa eclosión de brotes. Había mucho fuego en los corazones juveniles y llegaba de las cercanas frondas un incitante y acre perfume...

Hubo un preludio de besos, y luego, bajo la gloria del cielo azul que sonreía, se consumó el inefable misterio...

Evidencióse la falta y echáronla del hogar. Desde ese día anduvo mucho mundo; fué criada de señores y "ama" bien tenida de pantagruélicos abades.

Pasaron los años y su talle fuése encorvando y sus carnes perdiendo lozanía. Vino el crudo invierno con su cortejo de penurias y sus alforjas repletas de desengaños... Ya no halló casa en qué servir; y, para colmo de desdichas, aquella hija mal nacida, origen de todos sus males y compendio de toda su ternura, fruto de pecado hubo de volver a él... Huyó para Buenos Aires con un jornalero del lugar, desamparando a la pobre madre incapaz de ganar el pan.

Fué la última pena; enfermóse de tal manera su cerebro que, de lo pasado, sólo recuerda el melancólico cantar de la época de su florida doncellez, en que era una dulce promesa el impoluto milagro de su cuerpo soberano.

IV

En las noches de luna se recorta su tétrica silueta sobre las sendas iluminadas. Parece la imagen pavorosa de algún genio maligno o la hierática bruja de un espeluz-

nante aquelarre. Como un augurio de maldición suenan a lo lejos los ladridos de los perros, mientras la pobre loca, harapienta y encorvada, asciende penosamente por el escarpado sendero de la montaña...

EL SEÑOR CURA

A mi amigo Ricardo Anabia.

EL SEÑOR CURA

El severo y desolado salón de la vieja casa rectoral tiene un no sé qué de augusto y milenario. Al ras de los muros antiguos se deslizan vagorosas sombras de leyenda, que pueblan el alma de supersticioso pavor... En la noche propicia los espíritus abandonan los muebles apolillados, los viejos mamotretos, y por la estancia escueta pasa flotando el misterio.

Pero es tarde, y tarde de primavera. Por el amplio ventanal, a través de las ramas de un naranjo en flor, entran perfumes y rayos de sol. Un gato runrunea en el alféizar, gozando voluptuosamente de la irisada caricia. Sentado en un rígido sillón e inclinado sobre las amarillentas hojas de un enorme libro, lee atentamente y toma notas el señor "abade", preocupado, sin duda, en la solución de hondos problemas metafísicos. Tan absorto está que no le conmueve ni logra distraerle el espectáculo de la vida que afuera está de fiesta y entona un himno inmenso, jocundo, que se entra por todos los sentidos. Himno que hasta él llega traducido en luz, en aroma de azahares, en alegre piar

de gorriones, y en bulliciosa algazara de chiquillos que juegan en el atrio.

Sin embargo, Don Ramón — así se llama el señor cura — no es un sabio ni mucho menos. De cuerpo mediano, fornido, coloradote, lleva los cuarenta años con suma gallardía; pero sus maneras torpes a la legua denuncian al aldeano zafio. Hijo menor de labradores de mediano pasar, sobrino de otro sacerdote lugareño, nació el rapazuelo con la predestinación del sacerdocio. Imbuído en el ejemplo y en las máximas religiosas de su señor tío, presionadas sus naturales inclinaciones por los consejos de sus progenitores, rodeado de una precoz aureola de santidad, contempló la sucesiva huída de sus estériles años infantiles, alejado de los chiquillos de su edad, y abismado en el estudio torturante de enrevesados latines, cuya importancia y trascendencia jamás se le alcanzó.

Ya más mozo, después de un diluvio de virtuosas recomendaciones, enviáronle al seminario de Santiago de Compostela. Montado en el asno familiar — que semejaba un símbolo — iba por la carretera, camino de una problemática perfección, con un vago temor en el alma y unos pocos realejos en el cavernoso bolsillo de la flamante chaqueta de pana.

En la ciudad universitaria y vetusta, fué la suya una existencia gris de estudiante pobre. No supo de las "nocherniegas" escapatorias ni de las alegres aventuras

que, por otra parte, mal dirían con sus menguados recursos. Sus trajes prehistóricos y sus groseros modos de palurdo, fueron el hazmerreir de la estudiantina jovial; y esto fué parte que contribuyó a acentuar la misantropía y el egoísmo de su carácter.

Distinguióse en las aulas — sin ser un brillante alumno — por su contracción al estudio; aquel ambiente retraído y monástico armonizado bien con el olor a sacristía, que en la niñez había respirado.

Pasaron los años, y salió de la Universidad en perfecta ignorancia de todo lo que no fuese: evangelios, historia sagrada, bárbaros latinajos, o rudimentos teológicos. De la vida nada sabía.

Llegó al curato muy joven aún, y allí vegetó en compañía de una vieja "ama", beata y rezongona. En su aislamiento era el sacerdote como un árbol del desierto. Desvinculado — por su carácter huraño — de todo lazo de familia o de amistad, seco su corazón, fué el suyo un inútil apostolado. Creyente, con ciega fe que llegaba al fanatismo, no sabía, sin embargo, cultivar en sus sencillos feligreses el infinito amor de Dios, porque en su yermo corazón se había secado, tempranamente, la perfumada rosa de la caridad cristiana. Con el tiempo habíase convertido su egoísmo en sórdida avaricia; después del amor de Dios, eran el dinero y los guisos bien condimentados sus pasiones exclusivas.

Celebrado el oficio de maitines, solía pasear por los senderos de la espléndida huerta parroquial, y se extasiaba contemplando los manzanos pletóricos y las doradas parras. No era el exquisito perfume de las pomas en sazón, ni la poesía del verde prado lo que hacía florecer en sus labios una sonrisa leve. Le regocijaba la abundosa cosecha por el pingüe beneficio que de ella sacaría el "ama", en el mercado de la cercana villa. En su afán de enriquecerse, se convirtió el señor cura en obligado prestamista, con alto interés, de todos los menesterosos. Esto aumentó su fama de varón piadoso; pero en la falsa beatitud de su existencia monótona, el espectro del oro era un demonio tentador...

¡Ah! Don Ramón poseía una suprema virtud: su impoluta castidad. Nunca las malas lenguas hallaron asidero para urdir una calumnia. Solo sabía del amor que era un gran delito castigado por Dios con la expulsión del paraíso, y cuya lacra atormenta aún al género humano como un estigma maldito. Para los pecados carnales fué proverbial su absurda intransigencia. Más de una moza sufrió el bochorno de que le negara la absolución; por eso sólo acudían a su confesionario los niños y las beatas imposibles.

¡Bah! En la primavera son, para el divino pecado, bendiciones absolutorias: los rayos del sol, las frondas olorosas y el piar de los pájaros, porque Dios está en todos ellos.

Y bien; es tarde, y tarde de primavera. Don Ramón continúa empeñado en la interesante lectura. Quizás sean, en lugar de filosofías, diabólicas fórmulas que traten de solucionar el ilusorio problema de la piedra filosofal... Sólo así se explica la extraordinaria atención con que lee. Pero no; el señor "abade" revisa los "débitos" de sus feligreses.

Se entreabre levemente la puerta, y la vieja criada anuncia visita...

Es una aldeana de belleza garrida y opulenta.

—Alabado sea Dios, Don Ramón...

Llega hasta la mesa del sacerdote; tímida, ruborosa, habla con una dulce voz entrecortada por la emoción. El acariciante dialecto fluye de su boca roja, como la inefable melodía de una gaita... Cuenta la historia lamentable de su pobre vida fracasada.

El casamiento por amor... el repudio familiar... la miseria... el préstamo... el marido que emigra a tierras de América... el olvido... y ahora el murciélago negro y aterrador del "vencimiento" ineludible..

El sacerdote, sin que la más leve contracción altere la serenidad de su fisonomía, clavando en la dolorida sus ojillos grises, escucha impasible aquel desborde de súplicas... La inacabable cantilena de todos los insolventes.

La voz de la infeliz hácese cada vez más ténue. Anublado el cielo de sus ojos por espesa nube de llanto, estalla su pecho en sollozos. En un movimiento inconsciente, impulsivo, de rodillas ya, en ruego definitivo,

besa la fría mano del sacerdote. Una lágrima resbalando por la tersura del semblante, al caer también sobre la mano estéril, como una quemante ascua rubrica el sublime ósculo...

Aquella lágrima pura y aquel beso casto fueron una revelación para el ministro del Señor. Algo muy hondo e ignorado se rompió en lo íntimo de su ser, y sintió que se desgarraba el velo de un misterioso enigma. Una vaga claridad iluminó su rostro, humedeciéronse sus ojos, y sus toscas manos adquirieron de golpe suavidades de seda para levantar a la implorante, y su voz la dulzura de Jesús para consolarla. Era, ¡oh, gran Pan! el amor humano que pasaba batiendo sus alas albas.

Hubo un revuelo de aves en la espesura del naranjo y una lluvia nevada de azahares se desprendió de las floridas ramas. Por la abierta ventana entró volando, como un augurio, una paloma cándida, y la estancia toda se llenó de un fulgor inusitado. Era tarde, y tarde de primavera; en el corazón del señor "abade" había retoñado la perfumada rosa de la cristiana caridad...

Las campanas sonaron a la hora del Angelus con armonía desconocida, y Don Ramón rezó con más fervor que nunca las oraciones habituales.

Por la noche, ardía en el hogar, con rojizas llamas de infierno, el libro voluminosos de los "débitos"...

¡Y ese fué el milagro de una lágrima y de un casto beso de mujer!

UN CÍNICO

A mi amigo Héctor P. Defeo.

UN CINICO

I

Me lo presentaron cierta noche en un bullanguero "bar" de la calle Corrientes y llegamos a ser casi amigos. Era un simpático muchacho: delgado, moreno, suavemente pálido... No me sorprendió su luenga fama de afortunado triunfador en numerosas lides galantes. Su figura romántica y algo byroniana, su charla armoniosa, su distinción, debían ser impagables talismanes para encadenar corazones femeninos. Tenía él, sin embargo, marcadísima predilección por las bellezas rubias, nórdicas, de ojos azules... El fervoroso culto que les rendía, despertó mi curiosidad. Alguna vieja historia de amor, pensé; exhibicionismo, quizá... Pero lo indudable era que el impertérrito conquistador, ante el tipo de mujer que los poetas han dado en llamar arcangélico, se convertía en un bobalicón ingenuamente enamorado.

II

El café semejaba una inmensa colmena de zánganos; y el abejorreo de la charla, frívola y zumbona, llenaba la amplitud de la sala.

Hallábase reunida la tertulia habitual, y Carlos Montálvez — mi personaje — oficiaba de Júpiter tonante, en aquel paradójico Olimpo.

Había bebido más de lo regular y, de retraído que era, se transformó en espontáneo y decidor. Esa noche, llevaba el alma a flor de piel y el ambiente era propicio a las confidencias. Intencionalmente me burlé de su manía amatoria, y bastó la leve insinuación para que la Esfinge revelara su secreto.

—Sí — prorrumpió, — yo también solía reir de los eternos enamorados; de los que buscan en todas las mujeres, sin encontrarla jamás, el alma inefable de la "otra". Ahora los compadezco. Soy un pobre atormentado por la hidrópica sed del ideal imposible. ¡Bah! Es una historia — y vaya de vulgaridad — una historia romántica.

Y los amigos: — Cuéntala, cuéntala.

—Y bien; una nueva canallada ¿qué importa?... Ya que lo queréis, sea:

Hace aproximadamente cinco años residía, con mi familia, en un pueblito suburbano. Cursaba entonces, desastrosamente — sea dicho en homenaje a la verdad, — el segundo año de medicina.

La conocí en el tren. Por una insignificante futile-

za trabamos conversación, simpatizamos. Rubia, delicada, no era ciertamente una hermosura llamativa, pero sí, adorable. Se llamaba Margarita, y Margot decíanle cariñosamente las amigas. Venía cada quince días a Buenos Aires, a visitar la abuelita enferma. Menudearon sus visitas a la anciana, y en sucesivos encuentros — no siempre debidos a la casualidad — llegué a convencerme de que la chica me amaba apasionadamente.

Seguí la aventura por "sport", por simple vanagloria. Fué un idilio encantador. Mentíle que la quería con toda mi alma, que nos casaríamos, en fin... la mar y los peces de colores. Me lo sabía de memoria. Había repetido la misma cantilena cincuenta veces, por lo menos, a cincuenta mujeres distintas. Margot, más buena o más tonta que las otras, me creyó... Todo muy ruín, ¿verdad?, pero al mismo tiempo muy natural.

Accediendo a sus ruegos llegué a prometerle que iría a su pueblo a pasar las vacaciones. Pero poco a poco se entibió mi primitivo afecto. Estaba hastiado y aproveché, para olvidarla, la primera oportunidad.

Pasaron algunos meses. Una noche que cenábamos varios amigos en grata compañía de mujeres alegres, alguien trajo a colación mi antiguo "flirt" con la rubia insignificante e insustancial... Estallaron a coro las pullas y las carcajadas aviesas. Me pusieron en ridículo. Salí de aquel ambiente acanallado y perverso, con un profundo asco hacia mi propia vida, inútil y funambulesca, de máscara perpetua.

No pude conciliar el sueño. Me asaltó el remordimiento. Recordé mi lejana promesa, y así de golpe, afiebrado, resolví el viaje. Dos días después estaba en el pueblo de mi novia dispuesto a regenerarme.

Me alojé en el hotel. A la tarde la vi en la plaza. Estaba radiante, linda, con su vestido rosa. ¡Entonces sí que me enamoré de veras! Corrió a mi encuentro, sonriente, transfigurada... ¡Cómo brillaban sus ojos azules! Aun los llevo grabados en el alma. ¡Ah!, y después, ¡cuántas horas de pasión loca!...

Por desgracia mis propósitos de enmienda fueron sólo transitorios. El demonio del juego, un demonio verde, me tentaba. En dos o tres noches de mala fortuna perdí en el club todo mi dinero y hasta contraje deudas. La situación era insostenible; debía partir cuanto antes. Tuve un resto de vergüenza y no quise confiarle nada; pero ella debió sospecharlo. Al despedirnos nos hicimos mutuas promesas de eterna fidelidad, y me regaló, como recuerdo, un volumen del "Werther" lujosamente encuadernado. Acepté el obsequio sólo por complacerla. En el ferrocarril, al hojear el libro, encontré entre sus páginas un sobre. Reconocí la inconfundible caligrafía de Margot: "¡Perdóname!"...

Intrigado por la frase enigmática, lo abrí febrilmente y encontré, ¡oh sorpresa!, dos billetes de cien pesos, dos billetes inmaculados... Aquel gesto me llegó al alma. Dios sabe qué suma enorme de sacrificios representaban los dos papeles...

Al llegar a Buenos Aires, abrigaba la firme resolu-

ción de devolverlos. Pero yo no era más que un infame y las chispas azules de mi bondad se desvanecían rápidamente como fuegos fatuos. A los cuatro días, aquellos pesos habían seguido el camino de tantos otros. No obstante, supe reconciliar la conciencia con el interés, e inmediatamente le escribí: "Señorita: Veo que me ha juzgado Ud. muy mal, y su inconcebible ofensa ha herido profundamente mi susceptibilidad de caballero..." Era una ironía. Había salvado el "honor" conservando la "ofensa". Lo noble, es cierto, hubiera sido confesarle la verdad; pero en el momento no se me ocurrió ningún recurso más expeditivo ni más barato. ¡Ah, Dios mío! Fueron aquellos los treinta dineros de Judas.

No la he vuelto a ver, mas su recuerdo me atormenta como un castigo. Con el tiempo, "ella" se ha convertido, para mí, en una especie de mito al que rindo respetuosa adoración. Por eso busco su ser incorpóreo en todas las mujeres que exteriormente se le parecen; pero pronto se desvanece el encanto. A los ojos azules de Margot solía asomarse la Virgen María; y los de las otras son inexpresivos, fríos y sin alma como un espejo más o menos bello...

III

Carlos estaba borracho; no cabía la menor duda. Al despedirnos le auguramos, entre sonrisas, un satisfactorio éxito en la conquista ilusoria del "espíritu"

de la "otra". Raúl — un amigo que hacía poco tiempo se había incorporado a nuestras huestes — al estrechar la mano de Carlos, sonreía también; pero en su sonrisa había un ligero sarcasmo: — "Venga a visitarme cuando guste..." y le extendió una tarjeta. Otelo debía sonreir así. Sin embargo, Raúl no se asemejaba en nada, físicamente, al célebre moro trágico de Shakespeare. Sólo era un buen burgués, apacible, gordo y rubio como un alemán.

Hacía cuatro años — Montálvez lo ignoraba — se había casado en un pueblo del interior, impensadamente y creo que por razones económicas, con una mujercita adorable de ojos azules... Era dichoso con su esposa y con su único hijo Carlos. Un precioso angelito moreno, con algo de lord Byron - niño en la mirada...

El nombre era un simple capricho de la madre...

EL PAÍS DE LA FELICIDAD

A D. Juan Nielsen.

EL PAIS DE LA FELICIDAD

... Y así habló el anciano abuelo de la larga barba florida, al atento coro de adolescentes:

—Acercad vuestras irreflexivas cabecitas, blondas o brunas, y oid la historia de cómo se fundó la patria ideal, en los tiempos lejanos y candorosos de las hadas y los gnomos, de los ingénuos milagros y las rubias princesas embrujadas.

Era aquel un Hombre, con espíritu de ermitaño, que hastiado de sus semejantes emigró a la selva, para establecer allí un reino simple y primitivo, sin más boato que una modesta choza y sin más vasallos que dos hijitos gemelos... Domesticó los rebaños salvajes, y fué el rey-pastor de aquella Arcadia desierta, tan hermosa, por lo menos, como la griega.

Tres lustros pasaron. Los dos niños son ahora gallardos mancebos, inocentes y ágiles como los cervatillos en libertad. Tienen nombres estrambóticos que

en nuestro idioma significarían, más o menos: Positivismo e Idealismo.

Era el uno audaz y fuerte como un Hércules, y era el otro débil y tímido como una doncella. Amábalos el padre entrañablemente; y si admiraba el valor y la astucia del Positivismo para cazar fieras y ascender por los enormes troncos en procura de los panales áureos y sabrosos, aplaudía, también, el ingenio del Idealismo para construir flautas pánicas, en las cuales imitaba a la perfección el canto de los ruiseñores. Sabía, además, entonar en su lenguaje onomatopéyico, extrañas y sentidas rapsodias que poblaban la floresta de inusitadas melodías. Diríanse, en fin, un Nenrod y un Orfeo adolescentes. ¡Lástima grande, en verdad, que solo fuesen hijos del Hombre, y no semidioses como en las leyendas antiguas!

Una noche de idílica placidez golpeó, a la puerta de la rústica vivienda, una serena Parca de vestimentas albas... El anciano comprendió; y llamando a sus hijos les dijo de esta manera: — Ha llegado la hora de separarnos... Debo emprender un viaje sin retorno, y antes de partir quiero daros algunos consejos. Detrás del horizonte hay reinos maravillosos con los que jamás habeis soñado. Sois jóvenes, entusiastas y puros, y con ese triple tesoro podeis conquistar el mundo. Si algún día abandonais el bosque

familiar, marchad siempre cara al sol, y que los dioses os protejan...

Así diciendo; el ermitaño secó una lágrima furtiva y los bendijo largamente. Semejaba un bíblico Moisés, sobre un imaginario Sinaí, dictando las Tablas de la Ley a los hijos de Israel.

Nuevos golpes estremecieron la puerta, y tal un cirio que se apaga o una flor que se marchita, se dobló para siempre su nívea cabeza... Los príncipes empezaron a ser hombres, porque sintieron la penetrante mordedura del Dolor, en sus espíritus. Cavaron una tumba al pie de la cabaña, cubrieron el cadáver con hierbas aromáticas, rosas, nardos, lirios, y así, de tan conmovedora y sencilla manera, se celebró el sepelio del rey-pastor.

Amanecía en la selva; la vida vibraba en los capullos, cantaba en las claras corrientes, en los trinos de los pájaros, en los rayos del sol naciente y en el azul del cielo primaveral.

Cumpliendo el postrer deseo paterno, los mancebos llenaron de frutas y de miel sus burdos zurrones, y emprendieron camino hacia el oriente.

Marcharon durante mucho tiempo por ignorados senderos, bajo los caniculares rayos del sol y bajo la suave claridad lunar. Un mediodía, agotados de cansancio, se echaron a descansar a la vera de un remanso cristalino, y se durmieron al arrullo del estridente

concierto de los tornasolados coleópteros. Se hallaban cerca ya del país de la Civilización, del país de la Paradoja, donde todo se trastrueca y es maravillosamente incomprensible como en los cuentos de hadas. Los dos efebos soñaron cosas sorprendentes. Por una senda larga, larga, apareció en su mirífica carroza una seductora deidad, de cuya repleta cornucopia se deslizaba al suelo, en alegre tintineo, una lluvia de discos áureos que reverberaban bajo la gloria del sol como pequeños astros, y que cubrían las charcas y los zarzales de una fuliginosa estela... Era aquella, sin los atributos mitológicos, una moderna Fortuna ataviada al modo fastuoso de las sultanas o de las "cocottes" ricas... ¡Tal vez sus bellos ropajes ocultaban asquerosas lacras!

Y bien; la diosa sonríe insinuante al príncipe Positivismo, aquel con cuerpo de titán y audacias de Hércules; y — ¡oh prodigio de las fábulas pueriles! — éste envejece repentinamente. Sus cabellos son canos, hay arrugas en su rostro y crispa su boca un antipático rictus. Al subir a la carroza espléndida, contempla con desprecio al bondadoso Idealismo que, soñando sus cosas inefables, sonríe beatífico mientras aquella sigue rodando y rodando sobre el fango del sendero.

Pasan los años y sigue soñando aún. Por su cerebro desfila, en tropel confuso, el alma de las rimas,

de los colores, de las líneas y de las músicas... Los indiferentes viajeros, viéndole dormido, creen que es... ¡un mendigo borracho!

La Gloria ha tardado mucho, pero él presiente ya su llegada. Triste, pálida, etérea, casi tísica, vino al fin una noche a besar al príncipe en los ojos glaucos, y ambos se fueron soñando por un camino hecho con destellos de luna... Después de vagar durante muchas décadas — porque habeis de saber que ellos son inmortales — encontraron en su ruta una extravagante caravana de hombres sucios y melenudos, precedidos por un numeroso cortejo de danzarinas, de cómicos, de juglares, de hampones, de tullidos, de ancianos y de menesterosos... Viéndoles desfilar así, harapientos y famélicos, las Nueve Musas lloraban en el Olimpo; porque aquella era — señores burgueses — la caravana de los artistas.

En la flamita azul que el Idealismo llevaba en la frente, conocieron ellos que era su Mesías, y le aclamaron por rey.

— He aquí, Señor, — dijo el Poeta, elevando al cielo los airados brazos, — que el Positivismo nos arrojó de sus dominios, obligándonos a mendigar un pedazo de pan. Nosotros éramos felices en nuestro reino. Mis hermanos los pintores, los escultores y los músicos, copiaban: en sus cuadros los amaneceres rosados, las sonrisas de los niños y los ojos de la amada; en sus mármoles los vibrantes torsos femeninos; en sus músicas la poliforme sinfonía de las florestas inmensas, y en mis versos jocundos había arrullos de

tórtola y rumores de tempestad... Un mal día llegó aquel extranjero autócrata y dominador, nos llamó locos y salvajes y nos echó de los bosques nativos, para edificar grandes ciudades antiestéticas, con fábricas ruidosas y motores infernales...

Las últimas palabras del Poeta fueron coreadas por el clamoreo de la turba: — ¡Muera el Déspota!... ¡Muera el Positivismo!...

El príncipe después de escucharlos sonriendo, con un gesto de bondad infinita, dijo a los exaltados: ¡Esperad!

En el próspero reino de las ciudades y las máquinas, la gente se moría de un mal desconocido; tal vez de tristeza, quizá por exceso de grasa... Atacado de tan rara enfermedad, el Positivismo agonizaba en su palacio... Eran vanas las complicadas químicas y la sabiduría de los físicos; el rey se moría irremediablemente. Ocurriósele entonces a los cortesanos, apelar a la experiencia de un viejo agorero refugiado en la montaña, el cual, por haber vivido tanto, quizá supiera de algún misterioso lenitivo.

El zahorí vino y descubrió que la Bondad y la Alegría habían huído de aquel reino, y que para curar el fatal aburrimiento del Positivismo, era indispensable la presencia de los supremos sacerdotes del Arte, que proscriptos vagabundeaban por la tierra.

Se despacharon mensajeros en su busca, y una tar-

de acampó a las puertas del palacio la extraña y abigarrada caravana. Habían olvidado ya las afrentas y las ignominias, y como en el fondo eran profundamente bondadosos, acudían a mitigar los dolores de su antiguo tirano.

Por la lujosa cámara real, ante el Positivismo moribundo, desfilaron los juglares, los cómicos y las bailarinas. El ambiente se saturó de Ideal, de risas, de euritmia, y el enfermo comenzó a sonreir también, porque en su alma había entrado un rayito de dicha y de bondad... Preguntó por el rey feliz de aquella tríbu, y al serle presentado, ambos — el Positivismo y el Idealismo — se reconocieron y se reconciliaron; puesto que eran los dos, al fin, hijos del Hombre.

Desde entonces aquella fué la nación ejemplar, de la paz y la armonía, donde cada uno ejercitaba libremente sus naturales inclinaciones, y en la cual los dos reyes hermanos no eran autócratas o guerreros, sino simples patriarcas que daban a sus vasallos sabios consejos, en los instantes difíciles.

Aquella misma noche se sirvió en la regia mansión un alegre festín, celebrando el advenimiento del Idealismo y de la salud espiritual al imperio enfermo del Posititvismo. Sobre el casto lino de los manteles, refulgian las copas de oro con incrustaciones de diamantes, y verdeaban los frescos ramos de laurel. A la hora de los brindis levantó su copa el anciano agorero, y dijo

a manera de moraleja: — ¡Líbrennos los dioses de una república gobernada por líricos; pero que nos libren también los dioses de un imperio gobernado exclusivamente por el Positivismo!

Los incrédulos nietos preguntan, con cierta malicia, al paciente narrador de la extensa parábola: — ¿Y en dónde pasó eso, abuelito?

Este responde, con sonrisa triste: —La que acabais de oir es la historia de la patria ideal que quieren descubrir unos señores muy graves que se llaman sociólogos; pero que está lejos, muy lejos, en el país de la Felicidad y casi en los linderos del bello reino de la Utopía.

ÍNDICE

MI COFRE DE SANDALO

IMPRESIONES

SONETOS DE LA GUERRA

CON RITMOS DEL CORAZON

OFERTORIO CORDIAL

PROSAS



SONETOS DE LA GUERRA

CON RITMOS DEL CORAZON

OFERTORIO CORDIAL

PROSAS



ANTONIO AMADO VI

Del amor y del alma

«Nel dolce tempo de la prima etade...»
PETRARCA.



1918
BUENOS AIRES

IMPRENTA MERCATALI
CALLE JOSÉ A. TERRY 285 - 95
:: :: BUENOS AIRES :: ::